



Piñango de Medina, Nancy *Aristides Medina Rubio Una biografía cultural.* Centro Nacional de Historia, 2022

Aristides Medina Rubio. A cultural biography.

A propósito del libro de Nancy Piñango de Medina.
Deriva sobre *Tierra Firme*.

Regarding the book by Nancy Piñango. Drifts over “Tierra Firme”

Lionel Muñoz Paz¹

Instituto de Estudios Hispanoamericanos - FHE - UCV

Correo: limpaz11@yahoo.es

Estoy sentado en los bancos de la Escuela de Historia de la UCV. Es de tarde y el sol cae derramado en sombras tenues a través del tragaluz de concreto diseñado por Villanueva para darle claridad natural a los pasillos de la Facultad de Humanidades y Educación. En aquellos

¹ Licenciado en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Investigador del Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Facultad de Humanidades y Educación-UCV, en donde se desempeñó como su Director entre 2013-2023; profesor de Historia Contemporánea de Venezuela, en la escuela de Comunicación Social UCV; estudios de maestría en Literatura Venezolana; su línea de investigación es sobre la Vida cotidiana en tiempos de la independencia en Venezuela.

años noventa del siglo pasado, temprano en la tarde, el pasillo de Historia estaba desierto, porque el grueso de las materias se cursaba después de las cuatro. Empotrado como estaba en mi lectura, no me di cuenta en qué momento salió de la sala de profesores la evidente figura del Profesor Arístides Medina Rubio. Enfundado en gabardina gris, tocado por corbata multicolor, camisa discreta y calzando mocasines de cuero negro abombados por sus pies redondos, se sentó a mi lado.

—Lionel.

—Diga, Profesor.

—Hace tiempo que quiero hablar contigo porque tengo algo que proponerte. Quiero que vengas a las reuniones del Consejo de Redacción de la revista *Tierra Firme*, no sé si la has visto. Si no puedes o no tienes tiempo, no ha pasado nada. La reunión es este viernes, a las dos de la tarde, en un edificio que queda en la Avenida Victoria. Esta es la dirección.

—Allí estaré, Profesor, no se preocupe.

Aunque había visto la revista, ya que algún ejemplar fue a dar hace algún tiempo a la biblioteca de mis padres, no podía sospechar la significación que en mi vida tuvo aceptar aquella invitación. Al Profesor Medina lo conocí en mi primer semestre, porque Introducción a las Ciencias Sociales, que era la materia que impartía, formó parte de las cuatro asignaturas que inscribí para estrenarme como estudiante de Historia. Técnicas de la Investigación Documental I a cargo de Dora Dávila, Introducción a la Filosofía dictada por José Bernardo Gómez y un castigo griego llamado Estadística I —castigo no tanto por las clases del Profesor Belda Planas, sino porque de toda mi vida he tenido la cabeza cuadrada para los números— completaban mi carga académica.

Las clases del Profesor Medina tenían una fuerza inusitada. Un torrente de energía. Una deriva de escenarios que iban desde la historia general hasta el pequeño mundo de las historias locales al que se dedicaba con especial denuedo, por el amor que siempre le tuvo al cultivo del pasado del terruño.

Pero aún más atractiva que la clase de Medina, que a esas alturas había dejado varios

semestres atrás, resultó la reunión de la revista *Tierra Firme* a la que me invitó, y a la que acudí por cerca de diez años. Allí, un estudiante de Historia del promedio de la carrera, que era yo en ese momento, tuvo la oportunidad de alternar con gente como mi querido y recordado Manuel Beroes, con Fabricio Vivas, con David Ruiz Chataing, con Francisco Javier Pérez, con Jorge Bracho Martínez para la fecha coordinador de la revista y, sobre todo, tuvo el privilegio de conocer y entablar amistad y relación fraterna con dos maestros como Pedro Nolasco Calzadilla Álvarez y Carlos Viso Carpintero.

Sobre el clima que respiramos en aquellas reuniones es edificante escribir. Baste decir que todos y cada uno de los arriba nombrados, más algunos otros con quienes me disculpo por la injusta omisión, emitían opiniones en torno de los trabajos que compondrían todas y cada una de las ediciones de la revista. En aquellos encuentros escuchamos argumentos de árbitros sobre la pertinencia o no de trabajos que aspiraban a componer algún número de la revista. *Tierra Firme* por aquel entonces era el auténtico laboratorio en el que se ponía en práctica todo cuanto habíamos aprendido en las aulas de la Escuela de Historia y en otros espacios de formación académica. No en balde a mi lado estaban Alexander Torres, Tomás Straka y Oscar Bataglini Súnaga, por mencionar a tres grandes amigos míos que más luego tendrían mucho que ver con el desarrollo de la historiografía venezolana más allá de matices y de diferencias historiográficas o políticas.

Tierra Firme fue taller de escritura para nosotros. Allí, en el género de la reseña de libros, injustamente tenido por género menor, nos iniciamos en el ejercicio de la crítica sobre obras publicadas, algunas de corto y otras de mayor aliento. En todo caso, siempre nos orientó el espíritu crítico, el deseo de pulir lo más que se pueda el estilo, asunto dejado de lado en una Escuela de Historia más afincada —no sin razón— en la pulcritud del dato y en su condición inédita que en la forma de presentarlos, salvo la excepción del Profesor José Rafael Lovera, quien dictó por varios años un seminario sobre el estilo en la historia y que yo cursé como oyente al final de la carrera. Esta inclinación de la escuela tendía a formar escritores de palo, pero muy seguros de sus afirmaciones, lo cual tal vez apuntó en sentido de aislar el conocimiento histórico, aislamiento acaso roto por razones diversas y también con diverso efecto en el tiempo presente.

Pero volvamos sobre *Tierra Firme*. Con el correr del tiempo y de circunstancias vitales de los miembros de la redacción, me hice coordinador de la revista. Nos tocó en este tramo sin

recursos, llevar la publicación desde su número 75 hasta el 104 gracias a varios benefactores, entre quienes es justo mencionar a José Dionisio Ramírez Medina, Profesor de la UDO pero tachirenses de origen, quien nos llevó hasta las fuentes de dinero que hicieron posible un nuevo tiraje de *Tierra Firme* luego de varios años de atraso.

La armazón de cada uno de los expedientes de la revista, la justificación académica de cada uno de los trabajos que los componían, era sucedida por gratos encuentros sociales en los que muchas veces protagonizamos discusiones más encendidas y profundas que las precedentes. Y, para honrar la verdad, debo decir que además de historiadores, en *Tierra Firme* aprendimos a ser marineros para construir barcos de vela y grandes submarinos e ir en ellos a vivir en el fondo del mar en medio de bodegas repletas de vino, como reza el viejo estribillo. En ese mar extendido y profundo alternamos con sobrevivientes de la República del Este como Caupolicán Ovalles o Rubén Osorio Canales, con la copa de hilo de Antonio Trujillo, con el fino y negro humor de Agustín Martínez o la fuerza insondable de los agujeros abiertos por el verbo de Rigoberto Lanz, o las altas ocurrencias de Miguel Márquez y las notas errabundas de José Adames y Gonzalo Ramírez Quintero, por solo mencionar a varios de los náufragos que nos encontrábamos navegando por los mares de aquellas libaciones célebres, copiosas y desenfrenadas.

Ya de vuelta en la tierra, por seguir abusando de la metáfora, tuve el privilegio de intercambiar durante largos años con Pedro Nolasco Calzadilla Álvarez. Hay una anécdota, que no sé si Calzadilla Álvarez la recuerde hoy día, pero que la voy a contar. En una oportunidad, antes de la reunión ordinaria de la revista un viernes por la tarde no recuerdo de qué año, pero sí que fue en el edificio Luxor de la Avenida Victoria, en la antigua sede de *Tierra Firme*, me encuentro a Calzadilla Álvarez en compañía de un señor de pelo escaso y cano de casi sesenta años, de bigotes discretos y recortados y lentes de pasta: se trataba del gran editor venezolano Domingo Fuentes. Delante de mí, que apenas sabía de quien se trataba, Calzadilla le preguntó a Fuentes que cuántos ejemplares había vendido de *Boves, el urogallo* (1972) de Francisco Herrera Luque. Y Fuentes le contestó, que más de doscientos mil. Con el correr del tiempo me enteraría de la importancia de Fuentes para el mundo editorial venezolano y del impacto que en su momento causó la novela histórica de Herrera Luque editada por él. Años después, sobre Calzadilla y la primera edición de su libro *Lo que vi y oí en Orituco* me correspondió escribir mi primera reseña de libro publicada en el boletín de las librerías Kuai Mare, hoy Librerías del Sur.

Y es que en la obra de Calzadilla Álvarez yace una preocupación escrituraria que explica su línea de borde entre la ficción y la verdad histórica, basada en la conciencia de las limitaciones del discurso histórico académico para comunicarse con el lector no especializado. Por ello teje un tapiz en el que no falta el rigor de la erudición histórica pero asistido del vuelo que a la palabra escrita le otorga la libertad ejercida por el escritor de ficción.

Otro tanto habría que decir de Carlos Viso Carpintero. Viso Carpintero me hizo el honor de cederme el prólogo de lo que ha resultado ser infaustamente su obra póstuma, sobre la Casa Franceschi y la saga del cacao venezolano. Allí tuve oportunidad de desgranar toda la sensibilidad por el terruño de mis abuelos, el Carúpano natal de ellos y de mi padre.

Y podría seguir relatando la experiencia tierrafermera, para sustentar la afirmación de que las páginas de la revista fueron la cuna en la que creció buena parte de la historiografía venezolana de hoy. Casi no hay espacio en la actualidad, de los que se dedican al estudio profesional de la historia o a su divulgación con fines diversos, en el que no esté presente alguien vinculado con este tiempo de la revista. Al hablar de la historiografía venezolana del último cuarto del siglo XX cronológico, es obligatorio mencionarla. Queda pendiente la justa ponderación de la contribución historiográfica de su contenido a la luz de un análisis crítico de la historiografía venezolana de reciente elaboración.

Pero nada de esto me podía pasar por la cabeza aquella tarde en la Escuela de Historia, cuando sentado en sus bancos acepté la invitación de Medina Rubio. El propio Medina tampoco lo imaginaría.

Y es que el tiempo histórico es así: al pasado lo analizamos desde el presente, establecemos causas y consecuencias, lo metemos en las probetas de las metodologías y le sometemos a comprobación a la luz de teorías sobre su naturaleza, pero cuando ese pasado fue presente no podía sospechar el camino que le aguardaba por recorrer.

Gracias Nancy, por recordarnos ese tránsito que habita en nosotros.